

## ESPERANDO...

"Déjate conducir con los ojos cerrados,  
que Yo soy tu Padre y los tengo abiertos  
para conducirte y guiarte".

El sufrimiento, que debía imprimir su huella en toda la vida de Sor Josefa, no tardó en instalarse en el hogar, que hasta entonces no lo había conocido. Lo recibieron con paz, como saben hacerlo las almas sencillas y los amigos de Dios. Josefa aprendió a sufrir como había aprendido a amar y su corazón se abrió a las austeras lecciones del sacrificio y del dolor. Al contacto de la Cruz, se dulcificó su carácter, se domó su naturaleza, se fortificó su alma, y se acrisoló su amor, sin que éste perdiera nada de sus ardores.

En 1907, la muerte entró en la casa. Carmen, una de las hermanas, volaba al Cielo cuando solo contaba 12 años. Poco después la abuela materna, siguió a la niña al sepulcro. El fallecimiento de Carmencita fué un golpe terrible para sus pobres padres. Lucharon con el dolor, pero fué superior a sus fuerzas. Unos meses más tarde, enfermaba la madre con fiebres tifoideas y el padre cayó también con pulmonía. Josefa, fuerte de su fe, se apoyaba

en ella y la vida sobrenatural de su alma, se reveló tal cual ya era. Abandonó su trabajo, se constituyó en enfermera de sus amados padres y midió sin desfallecimiento el arduo peso que caía sobre sus hombros de niña. Los medicamentos costosos se multiplicaban, era necesario dar abasto a todo y atender a las necesidades de sus hermanitas. Los ahorros se agotaron pronto y la pobreza penetraba en el hogar desolado... Josefa la abrazó con valor. Durante cuarenta días, experimentó la angustia de la escasez y de las privaciones, la inquietud del corazón y el peso de la responsabilidad que no compartía con nadie.

«Las tres hermanas dormíamos en el suelo en el mismo colchón; el médico, muy bondadoso, hubiera deseado llevar a nuestros padres al Hospital, pero yo no lo hubiese consentido nunca, segura de que la Providencia vendría en nuestra ayuda. Y vino en efecto, por medio de las Madres del Sagrado Corazón. ¡Qué buenas fueron con nosotras!... ¿Cómo podría yo no amarlas?...» Sta. Magdalena Sofía se inclinó también hacia aquella familia, a la sombra de la cual crecía la que había de ser un día su hija privilegiada. Durante una novena a la Santa Fundadora, la enferma, ya sin esperanzas de curación, llamó una noche a sus hijas:—«No lloréis, —les dijo—la Bienaventurada Madre ha venido a asegurarme que no me moriré porque os hago falta».—«No supimos nunca lo que había pasado, —contaba más tarde Josefa—lo cierto es, que

al día siguiente el peligro había desaparecido».— Su padre se curó también pero sin recobrar las fuerzas y no pudo ya volver a su trabajo.

En adelante el bienestar desapareció del hogar por completo y Josefa se entregó generosamente al cumplimiento del deber filial que la reclamaba. Las Madres del Sagrado Corazón le regalaron una máquina de coser y le ayudaron a buscar trabajo. Su reputación de costurera le abrió camino y pronto conoció las jornadas laboriosas y las veladas de la vida de obrera. Su energía y su abnegación hicieron frente a todo y la sonrisa volvió de nuevo a la casa.

Pero la tregua fué corta. Dos años más tarde el jefe de la familia sucumbía de un ataque al corazón, piadosamente asistido por el Reverendo Padre Rubio, que desde entonces se constituyó en consejero y amigo del afligido hogar. Más que nunca, fué Josefa el apoyo de su Madre y su trabajo el único sostén de la familia.

Su alma vivía continuamente, en medio de sus penas, del Único Amor. El llamamiento que a los doce años la había cautivado y la ofrenda renovada cada día, eran su fuerza y el horizonte de su vida a través de las sombras del camino. Ya, antes de la muerte de su padre, había revelado su secreto solicitando el permiso de ingresar en el Instituto del Sagrado Corazón; mas por primera vez se vió al padre, buen cristiano sin embargo, enfadarse con su hija Pepa y ésta secándose las

lágrimas encerró en su alma el tesoro de su vocación, guardando silencio.

Más tarde le hicieron avances para que ingresara en el Carmelo. Un religioso de esta Orden le ofreció obtener su admisión. Pero no era ese su camino. Josefa lo sabía; rehusó pues el ofrecimiento agradecida y aprovechó la ocasión para hablar de nuevo a su madre del llamamiento de Dios. Sin oponerse ésta le suplicó que no la abandonase y por segunda vez, Josefa esperó; pero su dolor fué grande cuando su hermana obtuvo el consentimiento materno y precediéndola se fué en 1911 al Noviciado de Chamartín (Madrid). Josefa, que la había formado como costurera con la esperanza de encargarla del mantenimiento de la familia, sintió vivamente la decepción. Su fe en la divina Providencia la sostuvo y su virtud la ayudó a olvidarse aún. Continuó pues, su vida laboriosa, asociando en el trabajo a su hermana menor, y dando sin contar tiempo y afanes a su numerosa clientela. Dios que la conducía a la realización de sus designios por caminos ocultos pero seguros, iba sin embargo, una vez más a desconcertar las previsiones y los planes de su alma para enseñarle la ciencia del abandono y del sacrificio perfecto.

El Reverendo Padre Rubio, su director hacía doce años, creyó, en Febrero de 1912, llegado el momento de ayudarla a realizar sus deseos de vida religiosa. Josefa contaba veintidós años. El Reverendo Padre la inclinó a las Reparadoras, que

conocía íntimamente y ella dócil y sencilla obedeció, renunciando al atractivo que en el fondo de su alma la arrastraba hacia el Corazón de Jesús. Entró pues, en las Reparadoras y empezó con todo su corazón la vida de Postulante, encontrándose feliz en medio de la familia religiosa, cuyo espíritu estimó: Reparar por medio del Corazón Inmaculado de María, era una idea que respondía a las aspiraciones de su alma. Ninguna tentación turbó la paz de aquellos meses que transcurrieron entre las ocupaciones materiales, en las que su vida interior podía sin obstáculo expansionarse, pero aún en medio de esta paz, Josefa no cesaba de oír otro llamamiento. Refería ella más tarde, que las campanas de la capilla del Sagrado Corazón, que estaba cerca y que se oían desde el Convento, despertaban, a pesar suyo, otros deseos que se esforzaba en sacrificar. La Santísima Virgen iba también a advertirle, con su Corazón de Madre, que no era aquél el lugar de su descanso.

Josefa estaba encargada de la limpieza de un salón en el que había una imagen de Nuestra Señora de los Dolores, vestida a la usanza española y que tenía en sus manos la corona de espinas. ¡Cuál no sería su sorpresa al ver en ella un punto luminoso sin que pudiera distinguir de donde procedía la claridad! Durante tres o cuatro días, la corona conservó el resplandor. Josefa, empujándose llegó a la estatua y vió una de las espinas como incendiada de donde irradiaba la claridad. Al mismo tiempo

una voz muy dulce le decía:—«Coge esta espina hija mía. Más tarde Jesús te dará otras».—Josefa desprendió la espina que aún brillaba y apretándola sobre su corazón respondió, al don maternal con una ofrenda más total de sí. La respuesta del Señor fué una nueva experiencia del sufrimiento.

Habían transcurrido los seis meses del Postulado, la fecha de la toma de hábito estaba próxima y su madre rehusó el consentimiento... El Reverendo Padre Rubio aconsejó la salida de Josefa y ésta volvió a inmolarse otra vez. Abandonó con pena el asilo donde había gustado algo de la dulzura de la vida religiosa, en cuyos deseos se consumía. Se llevó consigo la Espina, que si ya había perdido el resplandor, iba ahora más y más a traspasar su vida toda con dolorosa realidad.

Josefa emprendió de nuevo la empinada cuesta en busca de su Dios. Volvió a su trabajo y a su ruda tarea. La vieron entonces en los Pensionados del Sagrado Corazón de Madrid, trabajando como costurera en la confección de los uniformes de las alumnas. Era el tipo de la obrera sencilla, modesta, concienzuda y fuerte de su profunda piedad. La religiosa que se ocupaba del vestuario de las niñas no ha podido olvidarla, dice así:—Su natural «ardiente iba recto a su deber; gracias a su abnegación y a su carácter feliz, que solo se fijaba en el buen lado de personas y cosas, no tuve con ella la menor dificultad; su tacto exquisito, su actividad silenciosa, me prestaban mil pequeños servicios. Era un

alma de fe y su devoción a la Eucaristía algo extraordinario. Amaba mucho al Sagrado Corazón y solía repetir:—«Cuando entro en esta casa, me encuentro en mi centro».

Josefa no podía decir otro tanto en el contacto con su clientela en el mundo. En más de una ocasión su conciencia delicada y su alma pura, se sentían heridas. — «¡Si supieran,—decía— cuánto sufro cuando me veo obligada a ceder a las exigencias, y a vestir a las señoras de un modo poco conforme con la modestia cristiana!»—La vista del mundo y de sus costumbres entristecía su corazón sintiendo más dolorosamente aún el destierro a que se veía sujeta.— «¡Ah! exclamaba, desde mi niñez pido todos los días al Corazón de Jesús que me haga Esposa suya y ahora que conozco mejor lo que es la vida, le suplico que si no me quiere conceder esta gracia, me lleve de este mundo, porque mi alma no puede vivir más tiempo en él».

No vivía, en efecto, más que de los deseos ardientes que a diario alimentaba con la Sagrada Eucaristía. Del contacto con el Corazón Divino sacaba para ella la fuerza y para los demás la bondad, el afecto y la alegría que derramaba sin cesar en torno suyo, guardando para sí en secreto, su Cruz y su Espina.

Tenía pocas amigas, pero arrastraba con su ejemplo y sostenía con sus consejos a un grupo de jóvenes obreras como ella. Su expansión comuni-

cativa las animaba cuando podían reunirse para solazarse un poco del trabajo diario. Las Peregrinaciones a Avila y al «Cerro de los Angeles» (1) que su fervor y su entusiasmo, hacían deliciosas, dejaban en sus almas rastro profundo.

Entre tanto el tiempo transcurría y Josefa esperaba la señal divina. Creyó verla en 1917 y se decidió a pedir su admisión en la Sociedad del Sagrado Corazón; fué aceptada con bondad y su madre consintió, fijándose la entrada para el 24 de septiembre, festividad de Nuestra Señora de las Mercedes. Amaneció el día tan deseado, pero ¡ay! las lágrimas de la madre hicieron flaquear el corazón de la hija. Josefa cedió ante el dolor maternal. ¡Aquella noche su sitio en el Noviciado permaneció vacío! Josefa lloró largo tiempo lo que ella llamaba, la gran debilidad de su vida. Mas, Aquél que «trabaja en la obscuridad, aún cuando El es la Luz», realizaba, a través de estas dolorosas alternativas sus planes de Amor.

Por entonces, Francia, después de la tormenta, veía florecer de nuevo la obra del Sagrado Corazón; la llama se reanimaba en los hogares apagados. En Poitiers, la antigua Abadía «des Feuillants», providencialmente conservada para las Hijas de Santa Magdalena Sofía, les devolvía sus claustros embalsamados aún por los santos recuerdos de la Fundadora.

(1) Situado cerca de Madrid. Centro geográfico de España, donde se levantó el Monumento Nacional al Sagrado Corazón.

Un Noviciado de Hermanas Coadjutoras estaba en proyecto; en él había señalado el Corazón de Jesús, desde toda la eternidad, el sitio de Josefa; allí iba El a conducirla por su mano, a través de las últimas tempestades.

Era en 1919; Josefa tenía 29 años. Comprendió, por secreto llamamiento, que había llegado la hora de Dios, y resolvió solicitar de nuevo en el Sagrado Corazón la admisión que no se atrevía a esperar.

El 27 de julio presentó humildemente su petición. Josefa escribe en sus notas:—«La contestación fué una negativa... Pero en el fondo de mi alma sentía la voz de mi Jesús que me decía: «¡Pídelo, insiste, confía en Mí que soy tu Dios!»—Su insistencia no logró cambiar la decisión que sus vacilaciones anteriores parecían deber hacer irrevocable.

«El 16 de septiembre,—prosigue—me arrodillé a los pies de mi Crucifijo y le pedí con toda mi alma que, o me abriese la puerta de su Corazón Divino, es decir de la Sociedad, o me llevase de este mundo, porque me parecía que ya no podía sufrir más. Entonces creo que me mostró sus Pies divinos, sus Manos divinas y me dijo:—«Mira mis Llagas... Bésalas y dime si no puedes sufrir un poco más... Soy Yo quien te quiero para Mí»...—«¡Dios mío!... ¿Qué sentí entonces?... No lo puedo decir bien, pero una vez más prometí no vivir sino para amar y sufrir... ¡Pero soy tan débil Jesús mío!».—Dos meses transcurrieron aún en fervientes súplicas hasta el 19 de noviembre.—«Ese día

en la Comunión—refiere Josefa—le supliqué por su Sangre divina y por sus Llagas que me abriese la puerta de la Sociedad, que yo había cerrado por mi culpa. Abrídmela de nuevo, Jesús mío, os lo suplico; bien sabéis que no pido ni deseo otra cosa que ser Esposa de vuestro Divino Corazón».

La hora de Dios había llegado. Aquella mañana fué Josefa, como de costumbre, a Chamartín a pedir labor. La esperaban, acababa de llegar una carta de Poitiers; pedían para el Noviciado, apenas fundado, algunas vocaciones seguras. ¿Tendría Josefa valor, para solicitar en Francia la admisión tan deseada?... Sin vacilar, contestó el «sí» más generoso y en el mismo momento escribió ofreciéndose.—«Me arrojé de nuevo,—dice ella en su cuadernito de recuerdos—a sus Pies Divinos que tanta confianza me dan, y con lágrimas en mis ojos y más amor en mi corazón, me ofrecí a aceptar *todo* y a pesar de mi debilidad, qué fuerza sentía dentro de mí».

Su madre desolada no opuso esta vez ninguna dificultad; Dios allanaba los obstáculos. Para evitar lo doloroso de las despedidas, Josefa salió de su casa sin decir nada a nadie y sin llevar nada. La caridad de las Madres del Sagrado Corazón la proveyó de lo necesario.—«Jesús me cogió—dice ella—y no sé como, pero lo cierto es, que me encontré en S. Sebastián; no tenía ni fuerzas, ni dinero; yo creo que no tenía más que amor; pero estaba en el Sagrado Corazón. Yo siempre la misma,

muy débil, pero Jesús siempre sosteniéndome».

Un mes se detuvo Josefa en la casa del Sagrado Corazón que la acogió con gran caridad. Agradecida, procuró hacerse útil y se la vió activa y silenciosa ayudando en todo cuanto podía. Empero, las cartas desgarradoras de su madre y de su hermana traspasaban de pena su corazón; medía también lo que iba a ser la dificultad de un idioma desconocido para ella; pero su voluntad permanecía fija en el corazón que la esperaba.

«¿Qué hará V. en un país cuya lengua ignora?»—le preguntó alguien.—«Dios me conduce»—contestó sencillamente. Era verdad.

El 4 de febrero de 1920 dejaba para siempre su Patria para seguir, más allá de sus fronteras, a Aquél cuyo Amor soberano puede pedirlo todo.

## A LA SOMBRA «DES FEUILLANTS»

—  
Te transplantaré al Jardín de mi Corazón  
y en El te cultivaré Yo mismo'.

Llena de luz, situada en la falda de la colina desde donde Poitiers domina el Valle del Clain, la antigua Abadía «des Feuillants» parece uno de esos lugares escogidos para los encuentros de fervores humanos y favores divinos.

En 1618, una colonia de religiosos del Císter se establecía allí. La Revolución la destruyó; mas apenas se disipó la tormenta, Santa Magdalena Sofía reanimaba en sus ruinas la llama del Amor, fundando el primer Noviciado de la Sociedad del Sagrado Corazón. Allí residió ella con frecuencia recibiendo gracias tan singulares que la casa, los claustros, el jardín, siguen siendo para su familia religiosa como un relicario y un recuerdo vivo de la Fundadora.

Tras de aquellos benditos muros, iba el Corazón de Jesús a esconder a su hija predilecta para cultivarla, cual flor escogida, abrirla su Corazón y asociándola a su sed de almas, realizar después en ella y por ella, la Obra de su Amor.